

## CAPÍTULO V

Paróse á la puerta el buen religioso, y apénas miró á las dos mujeres, conoció que era cierto su presentimiento, y así, con aquel tono de voz con que se pregunta, temiendo una desagradable respuesta, dijo :

— ¿Y bien?

Y Lucía contestó prorumpiendo en llanto. Empezó la madre pidiéndole perdon por la molestia ; pero el Padre se adelantó, y sentándose en un banquillo cortó todos los cumplimientos de Ines, diciendo á Lucía :

— No hay que afligirse, ¡ pobre muchacha!

Y volviéndose á Ines, añadió :

— Y usted dígame lo que hay.

Miéntas la buena mujer hacía su relacion lo mejor que podia, el padre Cristóbal mudaba de cuando en cuando de color, á veces levantaba los ojos al cielo, otras heria el suelo con el pié, y concluido el relato, se cubrió con ambas manos la cara exclamando :

— ¡ Bendito sea Dios! hasta dónde...

Pero sin concluir la frase y vuelto á las dos mujeres dijo :

— ¡ Pobrecillas! Dios quiere probar á ustedes... ¡ Pobre Lucía!

— ¿Y nos abandonará usted? — dijo Lucía sollozando.

— ¡ Abandonaros! — contestó el religioso : — ¡ no quiera Dios que tal haga! No os desalentéis : Dios os asistirá : Dios todo lo ve, y puede valerse de un hombre de la nada como yo, para confundir á un... Vamos á pensar lo que se puede hacer.

Diciendo esto, apoyó el codo izquierdo en la rodilla, inclinó la frente sobre la palma de la mano, y con la derecha apretó la barba como para discurrir; pero cuanto más pensaba, tanto más grave y complicado le parecia el negocio, y más escasos, inciertos y peligrosos los recursos.

— Avergonzar á D. Abundo, — decia para sí, — hacerle

conocer que falta gravísimamente á su obligacion ; pero ¿ qué son obligacion y vergüenza para quien está poseido del miedo? ¿ Amedrentarle más? Y ¿ qué medios tengo yo para infundirle otro mayor recelo que el que ya le ha infundido la perspectiva de un escopetazo? ¿ Informar de esto al Cardenal Arzobispo, y reclamar su autoridad? Para esto se necesita tiempo. ¿ Y entre tanto? ¿ y despues? Por otra parte, áun cuando esta inocente se casase, ¿ sería un freno para ese hombre?... ¿ Quién sabe hasta dónde podria llegar su atrevimiento? ¿ Resistirle? ¿ Cómo? ; Si pudiera ser que tomasen partido los Padres de mi comunidad! ¡ Los de Milan! Pero no es un negocio comun, y me abandonarían. Ese hombre se vende por amigo del convento, se jacta de ser partidario de los capuchinos, y sus *bravos* se han refugiado más de una vez entre nosotros : me hallaria solo en la danza : quizá me tacharian de caviloso, de embrollon, de buscaruídos ; y lo más malo es que, con una intencion intempestiva, pudiera acaso empeorar la suerte de esta infeliz.

Pesadas todas las circunstancias en favor y en contra, le pareció que el mejor partido sería el de arrostrar al mismo D. Rodrigo, procurando distraerle de su infame designio con súplicas, con recordarle los castigos de la otra vida, y áun con los de esta si fuese posible. Á turbio correr se podria por lo ménos de este modo conocer hasta qué punto llega su obstinacion en seguir su brutal empeño, descubrir mejor su intencion, y proceder en su consecuencia.

Miéntas el padre Cristóbal estaba discurrendo de esta manera, Lorenzo que no sabia estar separado de aquella casa, se presentó en la puerta ; pero viendo al Padre embebecido, y que las mujeres le hacian señas de no estorbarle, se mantenía en el umbral callando. Al levantar la cabeza el padre Cristóbal para comunicar á las dos mujeres lo que habia determinado, le atisbó y saludó de un modo que indicaba su acostumbrada benevolencia aumentada con la compasion.

— ¿ Le han dicho á usted, Padre?... — le preguntó Lorenzo con voz alterada.

— ¡Demasiado! y por eso he venido.

— ¿Qué dice usted de aquel bribon?

— ¿Qué quieres tú que diga? Está léjos: de nada servirían mis palabras. Lo que te digo á ti, es que pongas la confianza en Dios, y que él no te abandonará.

— ¡Benditas sean sus palabras! — exclamó el jóven. — Usted no es de los que siempre tiran á los pobres como el señor cura y el bueno de aquel abogado.

— No revuelvas lo que sólo puede servir para afligirte inútilmente. Yo soy un pobre fraile; pero te repito lo que acabo de decir á estas infelices, que en lo poco que valgo no os abandonaré nunca.

— Ya veo que usted no es como los amigos del día. ¡Embusteros! ¡Quién hubiera creído las protestas que en otro tiempo me hacían! Segun se expresaban, hubieran dado toda su sangre por servirme: contra el mismo demonio me hubieran sostenido si hubiese sido necesario. Conque yo hubiera hablado, la cosa estaba concluida: el que me hubiera ofendido no hubiera vuelto á comer pan: ¡y ahora si usted viese cómo se niegan!...

Aquí levantando Lorenzo los ojos, notó que el Padre habia mudado de aspecto; conoció que habia dicho algun disparate, y queriendo enmendarlo se embrollaba cada vez más.

— No era mi ánimo... — prosiguió; — queria decir...

— ¿Qué querias decir? — interrumpió el Capuchino. — ¿Malograr mi obra ántes que yo la hubiese empezado? ¡Á bien que te has desengañado á tiempo! ¿Buscas amigos? ¡Y qué amigos! ¿No sabes tú que sólo Dios es el amigo de los afligidos que confían en su bondad? ¿Ignoras que los medios reprobados nunca salen bien? Y aunque se consiga el objeto, ¿cuál es el fin del resultado? Lorenzo, ¿quieres fiarte de mí? ¡Qué digo de mí, pobre fraile! ¿Quieres poner en Dios tu confianza?

— Sí, señor, — respondió Lorenzo.

— Pues bien, — continuó el padre Cristóbal, prométeme que no acometeras á nadie, que no provocarás á persona alguna, que te guiarás por lo que yo te diga.

— Lo prometo.

Dió Lucía un profundo suspiro como si se le quitase un peso de encima, é Ines dijo:

— ¡Bien! eso es ser mozo de juicio.

— Escuchad, hijos, — prosiguió el padre Cristóbal: — hoy voy á hablar á ese caballero. Si Dios le toca el corazon, y da fuerza á mis palabras, bien: cuando no, élnos proporcionará otro remedio. Vosotros entre tanto no os mováis, no hagáis conversacion de esto, y no os dejéis ver. Esta noche, ó á más tardar mañana por la mañana, nos veremos.

Dicho esto, cortó todas las demostraciones dirigidas á darle gracias y á bendecirle, y salió encaminándose al convento. Llegó á la hora del coro, rezó, comió luégo, é inmediatamente se puso en camino para la cueva donde vivia la fiera que intentaba amansar.

El palazuelo de D. Rodrigo se eleva aislado, á manera de los antiguos castillejos, en la cumbre de uno de los collados de que se forma aquella cordillera. El paraje caia más arriba de la aldea de los dos novios, á unas tres millas de distancia, y á cuatro del convento. Á la falda del monte por la parte que mira al lago se hallaba un grupo de casuchas, habitadas por colonos de D. Rodrigo, y aquella era como la miserable capital de su mezquino reino. Con pasar por allí bastaba para formarse una idea de la condicion y de las costumbres del país. Echando una mirada á las habitaciones bajas, cuyas puertas estaban entreabiertas, se veían colgados de las paredes, sin órden, escopetas, azadones, rastrillos, sombreros de paja y bolsas para pólvora. Las gentes que se encontraban eran hombres de mala catadura, con un gran tufo, recogido en una redecilla de varios colores; ancianos que, aunque ya sin garras, estaban siempre prontos á enseñar los dientes; mujeres de gesto varonil, brazos membrudos y dispuestos á obrar como auxiliares de la lengua con la más leve ocasion; y hasta en los mismos muchachos que jugaban en la calle, se advertia un no sé qué de arrojadoj provocatiyo. Dejó fray Cristóbal las cas sastras, se metió por una senda en figura de ca-

racol, y llegó á un estrecho llano delante del palacio. La puerta estaba cerrada, porque siendo la hora de comer, no queria el amo que nadie le molestase. Las pocas y pequeñas ventanas que caian á la calle, aunque cerradas por puertas apolladas y medio caidas, tenian fuertes rejas de hierro, y las del piso bajo eran tan altas que apénas hubiera podido asomarse un hombre encima de otro.



Sosegó á los perros viendo al Padre.

Reinaba alrededor un profundo silencio, y cualquier pasajero la hubiera creído una casa abandonada, á no ser por cuatro criaturas, dos vivas y dos muertas, que puestas en simetría por la parte de afuera, daban indicio de que habia gentes en ella. Clavados estaban en la puerta con las alas abiertas y la cabeza colgando, dos buitres enormes, el uno medio consumido y casi sin plumas, y el otro entero todavía y en buen esta-

do; y dos *bravos* tendidos en dos bancos, uno á cada lado de la puerta estaban de guardia, esperando que los llamasen á gozar de los restos de la mesa del amo. Paróse el Padre en ademán de quien se propone aguardar; pero se levantó uno de los *bravos* diciendo:

— Entre usted, Padre, que aquí no se hace aguardar á los capuchinos. Nosotros somos amigos del convento, y yo he vivido allí en cierta época en que el aire de fuera no era muy saludable para mí; y á la verdad que si me hubieran cerrado la puerta, no lo hubiera pasado muy bien.

Diciendo esto, dió dos aldabazos; á los golpes respondió inmediatamente el ladrido de los perros de guarda y de los gozquecillos, y poco despues llegó refunfuñando un criado viéjo; pero viendo al Padre, le hizo una profunda reverencia, sosegó á los perros con la mano y con la voz, introdujo al religioso al primer patio, y volvió á cerrar: condújole despues á una sala, y mirándole con apariencia de admiracion, le dijo:

— ¿ No es usted el padre Cristóbal de Pescarénico ?

— El mismo.

— ¿ Y usted aquí ?

— Ahí verá usted.

— Será para hacer algun bien.

— Cierto.

— Ya se ve: en todas partes se puede hacer bien,—continuó el criado entre dientes.

Y siguiendo adelante los dos, despues de haber pasado unas cuantas piezas oscuras, llegaron á la puerta del comedor. Oíase dentro un ruido confuso de cucharas, tenedores, cuchillos, vasos, platos de peltre, y sobre todo de voces de diferentes personas que estaban disputando. El Padre queria retirarse, y aguardar á que hubiesen acabado de comer; y miéntras porfiaba sobre ello con el criado, se abrió la puerta. Sentado frente de la misma estaba un primo de D. Rodrigo llamado el Conde Atilio, el cual, viendo al capuchino y su modesta resistencia, gritó:

— Adelante Padre, adelante ; no se nos escape usted.

Sin conocer D. Rodrigo el motivo preciso de aquella visita, sólo por cierto presentimiento la hubiera evitado con gusto ; pero ya con aquella salida del Conde no le pareció conveniente negarse, y así dijo :

— Entre usted, Padre, entre usted.

Entró entónces fray Cristóbal saludando al amo. y correspondiendo de una y otra parte á los saludos de los convidados.

Cuando un hombre de bien se presenta al frente de un malvado á todos agrada figurársele con la cabeza erguida, el mirar firme y la lengua suelta ; pero para que tenga semejante actitud es necesario que concurren muchas circunstancias difíciles de reunir ; y así no es de extrañar que el padre Cristóbal, á pesar del testimonio de su conciencia, del convencimiento firme de la justicia de la causa que iba á defender, y del horror y compasión que á un mismo tiempo le inspiraba D. Rodrigo, estuviese con cierta cortedad delante de aquel hombre, en su propia casa, en su reino, digámoslo así, rodeado de amigos, de obsequios, de indicios de su poder, y con una cara capaz de helar en la boca del más osado cualquiera peticion ó consejo, cuanto más una advertencia ó una reconvencion. Á su derecha estaba sentado el conde Atilio, su primo, y compañero en libertinaje el cual habia ido de Milan á pasar algunos dias con él en el campo : á la izquierda se hallaba con gran respeto, templado con cierta muestra de seguridad y pedantería, el *Podestá* ó alcalde mayor del distrito, el mismo que hubiera debido administrar justicia á Lorenzo, y aplicar á D. Rodrigo las penas establecidas en los bandos de que hemos hablado. En frente del *Podestá* estaba nuestro abogado Tramoya en ademan respetuoso y sumiso, con capa negra, y la nariz más colorada que nunca ; y frente de los primos dos convidados oscuros, que no hacian más que comer, bajar la cabeza y aprobar con sonrisa aduladora todo lo que decia cualquiera de los comensales, cuando no habia quien les contradijese.

— Una silla al Padre, dijo D. Rodrigo.

Y al momento se la acercó un criado. Sentóse fray Cristóbal, disculpándose en pocas palabras por haber ido en hora inoportuna, y acercándose despues al oído de D. Rodrigo, añadió con voz más baja, que deseaba hablarle á solas acerca de un negocio de importancia.

— Bien, bien, hablaremos, — respondió D. Rodrigo, — y entre tantó que traigan un vaso para el Padre.

Quería fray Cristóbal eximirse, pero levantando D. Rodrigo la voz entre la gresca, que de nuevo empezaba, decia á gritos :

— No por vida mia ; no me hará usted semejante desaire ; no quiero que se diga que un capuchino ha salido de esta casa sin probar el vino de mi bodega, ni un acreedor insolente la leña de mis bosques.

Siguióse á estas palabras una carcajada general, y con ella quedó un momento interrumpida la cuestion, que se agitaba con mucho calor entre los convidados. Trajo un criado en una salvilla de plata un vaso en forma de cáliz, presentándole al padre Cristóbal, el cual, teniendo por falta de urbanidad resistirse más á las vivas instancias de un hombre de quien tanto necesitaba en aquella ocasion, condescendió bebiendo pausadamente algunos sorbos.

La cuestion que discutian entónces estaba fundada sobre el hecho siguiente : Un caballero envió un cartel de desafio á otro, y no hallando el mensajero en su casa al desafiado, entregó la esquila á un hermano suyo, el cual, despues de leerla, apaleó al dador. El Conde aprobaba la accion, el *Podestá* la afeaba, defendiendo en forma escolástica su opinion. En fin, despues de muchas voces y gritos sin entenderse unos á otros, se empeñó D. Rodrigo por no alargar la discusion en que decidiese la cuestion el padre Cristóbal. Negóse este por algun tiempo, alegando que no entendia de semejantes materias ; pero al fin, hostigado por todos, dijo que su parecer sería que no hubiese desafios ni palos, ni mensajeros de aquella clase.

Los convidados se miraron todos como pasmados.

— ¡Vaya, — interrumpió el conde Atilio, — que la sentencia es original! Perdona usted, Padre; se ve que usted no conoce el mundo.

— ¿Quién, el Padre? — dijo D. Rodrigo, — ¡ay, ay! primo. Lo conoce mejor que tú. ¿No es verdad, Padre? ¿No es cierto que usted también ha corrido sus caravanas?

Fray Cristóbal, en vez de contestar á tan maliciosa insinuación, no habló palabra.

— No será extraño, — dijo el primo : — ¿y cómo se llama el Padre?

— Padre Cristóbal, — respondieron casi todos á la vez.

— Pues padre Cristóbal, muy señor mío, — prosiguió el Conde; — veo que usted quisiera trastornar el mundo de arriba á bajo. Sin desafíos y sin palos, ¡adios pundonor! ¡Impunidad para toda la canalla! Por fortuna, la cosa no es posible.

— Ea, Abogado, — saltó D. Rodrigo, que no quería que siguiese la disputa entre su primo y el Padre; — ea, usted, que sabe dar la razón á todos, veamos cómo apoya el argumento del padre Cristóbal.

— Á la verdad, respondió el Abogado con el tenedor en el aire, y volviéndose al religioso; — á la verdad, no comprendo cómo el padre fray Cristóbal, que al paso que es buen religioso es también hombre de mundo, no ha reflexionado que su sentencia, excelente para el púlpito, nada vale (y usted perdona) en una disputa de caballería; pero el Padre sabe, mejor que yo, que todas las cosas son buenas en su lugar, y yo creo que esta vez ha querido salir del paso con una pulla en lugar de dar una sentencia.

Tampoco á esto respondió fray Cristóbal; pero D. Rodrigo, cansado de esta cuestión, quiso promover otra, con cuyo objeto dijo :

— He oído que en Milan corrian voces de que se trataba de un convenio.

Nuestros lectores quizá sabrán que en aquel año estaba encendida la guerra por la herencia del ducado de Mantua

porque, habiendo fallecido sin sucesión masculina Vicente Gonzaga, había entrado en aquel estado el duque de Nevers, su pariente más inmediato.

Luis XIII, ó por mejor decir, el cardenal Richelieu, quería sostenerle en él por ser afecto suyo y naturalizado francés : Felipe IV, ó por mejor decir, el conde-duque de Olivares, se oponía por las mismas razones, y había declarado guerra á la Francia. Como por otra parte el ducado de Mantua era feudo del Imperio, las dos partes contendientes andaban en negociaciones con el emperador Fernando II, la una para que diese la investidura al nuevo Duque, y la otra, no sólo para que la negase, sino para que contribuyese á echarle del Ducado.

Sosteniendo el Conde que las cosas se arreglarían, dijo que tenía razones y fundamento para pensarlo.

— No lo crea usted, señor Conde, — contestó el *Podestá*. — Aunque en este rincón, no estamos á ciegas de lo que pasa, porque el señor Gobernador español, que me estima más que merezco, y por ser hijo de un criado del Conde-Duque, debe saber alguna cosa...

— No se canse usted, — interrumpió el Conde : — yo en Milan hablo todos los días con otros personajes, y sé de buena tinta que el Papa, que está muy empeñado en la paz, ha hecho proposiciones...

— Así debe ser, — replicó el *Podestá*. — La cosa está en regla. Su Santidad cumple con su obligación. Un Papa debe siempre poner paz entre los príncipes cristianos; pero el Conde-Duque tiene su política, y...

— ¿Y qué? ¿Sabe usted cómo piensa el Emperador en este asunto? ¿Cree usted que en el mundo no hay más que Mantua? Hay muchas cosas á que atender, señor mío. ¿Sabe usted, por ejemplo, hasta qué punto puede el Emperador fiarse en este momento de su príncipe de Valdistaino, ó Valdistain, como se llama, y sé...

— El nombre verdadero en alemán, — interrumpió otra vez el *Podestá*, — es Wallenstein, como he oído muchas

veces que lo pronuncia el Gobernador español. No tenga usted miedo, que ántes de mucho...

— ¿Querrá usted ahora darme lecciones?... replicó el Conde.

Pero D. Rodrigo le tocó con la rodilla indicándole que terminase la disputa; y, en efecto, habiendo callado el Conde, soltó el *Podestá* la taravilla, pronunciando un largo y pedantesco elogio del Conde-Duque, y sabe Dios cuándo hubiera concluido, si D. Rodrigo, fastidiado, y estimulado tambien por los gestos de su primo, no hubiese puesto término al pesadísimo é insustancial razonamiento del *Podestá*, mandando á un criado que trajese unos frascos de vino superior, que estaba reservado para los postres.



Todos los convidados prorumpieron en exclamaciones.

pues me dirán ustedes si el vino corresponde al personaje.

Y tomando en la mano el vaso prosiguió diciendo:

— ¡Viva el conde de Oliváres, duque de Sanlúcar, y gran privado del Rey nuestro señor!

— ¡Viva el Duque! — repitieron todos.

— Traed un vaso al padre, — dijo D. Rodrigo.

— Perdone usted, — respondió fray Cristóbal, — ya he cometido un exceso, y no quisiera...

— ¿Cómo? — dijo D. Rodrigo; — se trata de brindar á la salud del Conde-Duque. ¿Quiere usted que le tenga por partidario de los Navarrinos? (que así se llamaban entónces en Italia, por escarnio, los franceses, deduciendo esta denomi-

— Señores, — dijo luego, — vamos á brindar á la salud de D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Oliváres, y despues

me dirán ustedes si el vino corresponde al personaje. Y tomando en la mano el vaso prosiguió diciendo: — ¡Viva el conde de Oliváres, duque de Sanlúcar, y gran privado del Rey nuestro señor! — ¡Viva el Duque! — repitieron todos. — Traed un vaso al padre, — dijo D. Rodrigo. — Perdone usted, — respondió fray Cristóbal, — ya he cometido un exceso, y no quisiera...

nacion de los príncipes de Navarra que empezaron á reinar en Francia con Enrique IV.)

Á esta insinuacion tuvo que beber el fraile. Todos los convidados prorumpieron en exclamaciones, celebrando el vino, á excepcion del abogado, el cual con levantar la cabeza, abrir los ojos más de lo regular, y fruncir los labios, decia mucho más que con un largo panegirico.

— ¿Qué le parece á usted, señor Abogado? — preguntó don Rodrigo.

El Abogado sacando del vaso la nariz más reluciente y colorada que nunca, alabó con énfasis el vino y despues los banquetes de D. Rodrigo, añadiendo que la penuria general estaba desterrada de aquel recinto.

Esta palabra penuria, pronunciada sin intencion, dió margen á que todos dirigiesen su discurso á tan triste objeto; y aunque en lo principal estaban de acuerdo, sin embargo, la gritería era mayor que si hubiese habido discordia en los pareceres: todos hablaban á un tiempo.

— En realidad, no hay semejante escasez, — decia uno: la causa son los logreros.

— ¿Y los panaderos, — decia otro, — que ocultan el trigo? Es menester ahorcarlos sin compasion.

— No, señor, — gritaba el *Podestá* como letrado, — formarles causa.

— ¡Qué causa! — gritaba más recio el Conde; — ¡justicia sumaria! Coger tres ó cuatro, ó seis de los que, segun la opinion general, son los más ricos y los más malos, y ahorcarlos inmediatamente.

— ¡Escarmientos! ¡Ejemplares! — decian otros á la vez; sin esto nada se consigue.

— ¡Ahorcarlos! ¡Ahorcarlos! y saldrá el trigo á carretadas.

Sólo el que se haya hallado en una numerosa orquesta, cuando los músicos todos á la vez templan sus instrumentos haciéndolos chillar lo más fuerte posible, para oirlos mejor entre el ruido y la bulla de los concurrentes, podrá formarse una idea de tan absurdos razonamientos. Entre tanto, anda-

ban los vasos al rededor de la mesa, y como los elogios del vino exquisito se interpolaban con aquellos principios de jurisprudencia económica, las palabras más frecuentes y más sonoras que se distinguían eran *ambrosía* y *ahorcarlos*.

Entre tanto, D. Rodrigo echaba de cuando en cuando ciertas miradas al padre Cristóbal, y le veía inmóvil y firme sin dar la más mínima señal de impaciencia ni de prisa, y sin hacer movimiento alguno que propendiese á indicar que estaba allí aguardando; pero sí con semblante de no querer marcharse sin ser oído.

De buena gana le hubiera enviado á pasear; pero despedir á un capuchino sin haberle oído, no entraba en las reglas de su política. En el supuesto, pues, de que no era posible evitar aquella incomodidad, resolvió salir presto del paso: se levantó de la mesa con toda la comitiva, sin que cesase la gritería; pidió licencia por un momento á los convidados, se acercó con mesurado continente al Capuchino que también se había levantado, y le dijo:

— Padre, estoy á las órdenes de usted.

Y le condujo consigo á otra pieza.

## CAPÍTULO VI

— ¿En qué puedo servir á usted? — dijo D. Rodrigo plantándose en medio de la sala, y aunque las palabras fueron; estas, el tono con que las pronunció daba claramente á entender que mirase con quién hablaba, que pesase bien las palabras y que despachase.

Para animar á nuestro fray Cristóbal no había medio más seguro ni más expedito que el de apostrofarle con altivez; y, efectivamente, mientras estaba suspenso buscando las palabras y pasando entre los dedos las cuentas del rosario, que

tenía colgado de la cintura, como si buscase en alguna de ellas el exordio de su discurso, al ver aquel modo de D. Rodrigo, le ocurrieron más expresiones de las que necesitaba; pero pensando luego cuánto importaba no echar á perder su asunto, ó por mejor decir, el ajeno, corrigió y templó las frases que le habían ocurrido, y dijo con meditada humildad:

— Vengo á proponer á V. S. un acto de justicia, y á pedirle una caridad. Algunos hombres de depravada conducta han comprometido el nombre de V. S. para intimidar á un pobre cura, é impedirle que cumpla con su obligación en perjuicio de dos inocentes. V. S. puede con una sola palabra desmentir á los malvados, restablecer el orden, y reanimar á aquellos á quienes se hace semejante extorsión. V. S. lo puede, y pudiéndolo, la conciencia, el honor...

— Usted, Padre, me hablará de mi conciencia — interrumpió D. Rodrigo — cuando vaya á pedirle consejo: por lo que toca al honor, tenga entendido que es cuidado que á mí solo me pertenece, á mí únicamente, y que cualquiera que pretenda tomar parte en él es un atrevido que lo ultraja.

Convencido fray Cristóbal de que D. Rodrigo tomando pié de sus palabras trataba de dar otro giro al asunto con tergiversaciones, se empeñó todavía más en sufrir, y resuelto á tolerar cuanto aquel altanero quisiese decirle, respondió con la mayor sumisión:

— Si acaso se me ha escapado alguna expresión que pueda desagradar á V. S., crea que ha sido sin intención. Corrígame, pues, y repréndame si no sé hablar como conviene; pero dignese escucharme. Por amor de Dios, de aquel Dios, ante cuya presencia hemos de comparecer todos... (diciendo esto, tenía en la mano la calavera de hueso pendiente del rosario) no se obstine en negar una justicia tan fácil y tan debida á unos infelices. No olvide que Dios tiene los ojos sobre ellos, y que allá arriba se escuchan sus imprecaciones: la inocencia es muy poderosa, y...

— Vamos, Padre, — interrumpió con enojo D. Rodrigo: — el respeto que me merece su hábito es muy grande; pero si

alguna cosa pudiese hacer que lo olvidase, sería el verle puesto en una persona que se atreviese á venir á hacer de espía en mi propia casa.

Encendieron estas palabras el rostro del religioso; pero con semblante de quien traga una amarguísima pócima, replicó:

— Ese título de ningun modo me conviene. Bien conoce V. S. en su interior que esta accion no es ni vil ni despreciable. Señor D. Rodrigo, escúcheme V. S., y quiera el cielo que no



Á semejante propuesta, la indignacion del religioso...

tenga que arrepentirse de no haberme escuchado. No haga estribar su gloria... ¡ qué gloria! V. S. es poderoso aquí abajo; pero...

— ¿ Sabe usted, — interrumpió D. Rodrigo con impaciencia y con ira, — sabe usted que cuando se me antoja oír un sermón sé irme á la iglesia como los demas? Pero ¡ en mi casa! — continuó con risa sardónica. — ¡ en mi casa! usted me encumbra demasiado. ¡ Predicador en mi casa! Sólo le tienen los príncipes.

— Y aquel Dios que pide cuenta á los príncipes de las palabras que envía á sus oídos en sus mismos palacios; aquel Dios que ejerce ahora para con V. S. un acto de misericordia enviando uno de sus ministros, indigno, miserable, pero ministro suyo, á suplicar por una inocente. . .

— En una palabra, Padre, — dijo D. Rodrigo en ademán de marcharse, — yo no comprendo lo que usted me habla; entiendo sólo que debe haber alguna mozuela que le interese mucho. Vaya, pues, á confiárselo á otros, y no se tome la libertad de importunar así á un caballero.

— Me intereso, es verdad, — replicó el Padre, poniéndose delante de D. Rodrigo, y alzando las manos en aire de súplica y con el objeto de detenerle; — me interesan entrambos más que si fuesen mi propia sangre. Señor D. Rodrigo, yo nada puedo hacer en favor suyo, sino rogar á Dios por ellos, y lo haré con todo mi corazón. No me niegue V. S. esta gracia: no quiera prolongar las angustias de aquellos inocentes; con una palabra suya todo está acabado.

— Pues bien, — replicó D. Rodrigo; — ya que usted cree que yo puedo hacer mucho por esa persona; ya que tanto le interesa. aconséjela usted que venga á ponerse bajo mi proteccion; nada le faltará entónces, y le doy mi palabra de honor que nadie se atreverá á molestarla.

Á semejante propuesta, la indignacion del religioso, reprimida hasta entónces, rompió los diques. Desvaneciéronse todos los propósitos de sufrimiento y paciencia: el hombre antiguo se halló de acuerdo con el hombre nuevo, y en este caso fray Cristóbal valía por dos.

— ¡ Vuestra proteccion! — exclamó, retirándose dos pasos atrás y apoyándose sobre el pié derecho, puesta la mano izquierda en la cadera; y levantando la derecha hácia el caballero con el índice extendido, clavó en él los ojos, y arrojando fuego por ellos, repitió: — ¡ Vuestra proteccion! Basta ya: con esa infame propuesta llegó al colmo la medida de vuestros excesos, y ya ningun miedo me inspiráis.

— ¿ Qué es lo que hablas, fraile imprudente?

— Hablo, como se habla á una persona dejada de la mano de Dios. ¡ Vuestra proteccion ¡ Ya sabía yo que Dios habia tomado bajo la suya á la inocente Lucía. Ya veis cómo pronuncio su nombre sin reparo alguno, con frente serena, con ojos impávidos.

— ¡ Cómo ! ¿ en mi casa ?...

— Tengo lástima de esta casa : sobre ella está pendiente la



El Padre cerrando tras sí la puerta.

maldicion del Todopoderoso. Sería de ver que la justicia de Dios respetase cuatro paredes y cuatro asesinos... ¿ Cómo podéis creer que Dios ha hecho una criatura á imagen suya para daros el derecho de atormentarla ? ¿ Pensabais que Dios no sabria defenderla ? Habéis despreciado su aviso, y vos mismo habéis pronunciado vuestra sentencia. Endurecido estaba como el vuestro el corazon de Faraon, y Dios supo hacerle pedazos. Lucía está libre de vuestras asechanzas, yo

os lo aseguro, yo miserable fraile ; y por lo que á vos toca, oid lo que es pronostico ; un dia...

Hasta entónces habia quedado inmóvil D. Rodrigo entre la rabia y el asombro ; pero cuando oyó comenzar una prediccion, se agregó en él á la ira un remoto y misterioso terror : agarró con furor la mano amenazadora del capuchino, y levantando la voz para acallar la del infausto profeta, gritó :

— ¡ Ea pronto ! Quitate de mi presencia, villano insolente.

Estas palabras dejaron extático al padre Cristóbal. Á las ideas de amenaza y de villanía estaban en su mente de tal modo asociadas las de humildad y silencio, que al oír aquel apóstrofe se apagó en un momento el fuego de su enojo y de su entusiasmo, sin quedarle otra accion que escuchar sumisamente cuantos improperios quiso añadir don Rodrigo. Al fin, retirando la mano con mesura de entre los dedos del caballero, bajó la cabeza y se quedó inmóvil, como al ceder el viento en lo más fuerte de una borrasca, aquieta y compone naturalmente sus ramas un árbol antiguo, y recibe la granizada como el cielo se la envía.

— Véte de aquí, — prosiguió D. Rodrigo, — y dá gracias al sayal que te cubre.

Así diciendo, le señaló con desprecio una puerta opuesta á la que le sirvió de entrada. El Padre inclinó la cabeza y se fué cerrando tras sí la puerta, cuando vió en aquella estancia escurrirse un hombre rozándose con la pared, como para no ser visto desde la sala anterior, y conoció que era el criado viejo que le abrió la puerta de la calle. Hacía cuarenta años que este hombre vivia en la casa, esto es, ántes que naciera D. Rodrigo, habiendo entrado á servir á su padre, persona de carácter enteramente distinto. Á su muerte, el nuevo amo despachó á toda la familia, renovándola con otra gente ; sin embargo, conservó aquel criado, ya por ser viejo, ya porque aunque de índole y costumbres diferentes de las suyas, recompensaba esta falta con dos cualidades de que hacia D. Rodrigo gran caso, y eran que tenia en gran concepto la dig-

BIBLIOTECA DE DON ALFONSO DE LEON  
 F. C. U. S.  
 "ALFONSO DE LEON"  
 AÑO 1885 MONTEREY, MEXICO

nidad de su casa, y una gran práctica del ceremonial, cuya tradicion y particularidades mínimas conocia más que otro alguno. El pobre viejo jamás se hubiera atrevido en presencia de su amo ni siquiera á indicar la menor desaprobación de lo que á cada paso veía, y sólo de cuando en cuando prorumpia en exclamaciones y alguna reconvenccion entre dientes á sus compañeros que muchas veces se burlaban de él, divirtiéndose en provocarle á que echase algun sermón en alabanza de los antiguos usos del palacio. Con esto sus censuras nunca llegaban á oídos del amo, sino acompañadas de la relacion de la burla que se hacía de ellas, por manera que áun para él eran un objeto de mofa sin resentimiento : y luégo, en los días de convite, el viejo era el hombre de más importancia.

Miróle al pasar fray Cristóbal, le saludó, y continuaba su camino, cuando el viejo se acercó á él misteriosamente, se puso el índice en los labios, luégo con el mismo índice le hizo una seña para que entrase en un corredor oscuro : allí le dijo con voz baja que todo lo habia oido, y que tenía que hablarle.

— Diga usted, pues, buen hombre — respondió el Padre.

— Aquí, no, señor, — replicó el viejo ; ¡ Dios me librara de que el amo lo advirtiese ! Pero yo podré saber muchas cosas, y mañana iré al convento...

— ¿ Hay algun plan ?

— Algo hay sin duda : he llegado á conocerlo ; pero ahora estaré sobre aviso y lo sabré todo. Descuide usted, Padre... Veo cosas... ¡ Qué cosas !... ¡ Estoy en una casa !... yo lo que quiero es salvar mi alma.

— Dios bendiga á usted, — dijo fray Cristóbal ; y profiriendo estas palabras, puso la mano sobre la cabeza del criado que, aunque más viejo, estaba inclinado delante de él con la sumision de un niño. — Dios se lo pagará á usted, — continuó el Capuchino ; — pero no deje de ir mañana.

— Iré sin falta, — contestó el viejo : — pero usted márchese al instante, y por Dios no me descubra.

Y acechando alrededor, salió por el otro lado del corredor á una sala que caía al patio. Viendo que el campo estaba

libre, llamó al Padre, le indicó la puerta principal, y el Capuchino salió sin hablar palabra.

Por lo visto, este criado habia estado escuchando á la puerta. ¿ Y habia hecho bien ? ¿ Hacía bien el padre Cristóbal en alabarle por eso ? Según las reglas generales y comunes, la accion es reprehensible ; pero ¿ no podia ser aquel un caso exceptuado ? ¿ Y hay excepciones para las reglas generales de moralidad ? Estas cuestiones las resolverá el lector si quiere. Nosotros no tratamos de exponer nuestra opinion ; nos limitamos á referir los hechos.

Viéndose el Padre en la calle, y vueltas las espaldas á aquella caverna, respiró con más libertad, bajando aceleradamente la cuesta con la cara encendida, y con grande agitacion interior, de resultas de lo que habia oido y visto. Pero no dejaba de alentarle el ofrecimiento del criado, pareciéndole que con esto el cielo le habia dado una prueba visible de su proteccion.

— Este es un hilo — decia para sí — que pone en mis manos la Providencia en esa misma casa, sin que yo ni remotamente lo buscase.

Discurriendo de esta manera, levantó los ojos hácia el Occidente, y viendo que el sol se aproximaba á la cumbre de la montaña, advirtió que quedaban pocas horas de dia. Entónces, aunque quebrantado por las fatigas de aquella jornada, apresuró el paso para llevar una razon cualquiera á sus protegidos, y llegar al convento ántes que anocheciese, que era una de las reglas que se observaban con más rigor en los conventos de su órden.

En este intermedio se habian propuesto y ventilado en la casilla de Lucia ciertos proyectos, de que es necesario informar á nuestros lectores. Despues de haber salido el religioso, quedaron algun tiempo sin hablar los tres individuos restantes. Lucia preparaba tristemente la comida ; Lorenzo indeciso trataba de marcharse á cada instante por no verla afligida, y no sabia separarse de ella ; Ines, ocupada al parecer con su devanadera, estaba madurando en su mente un pensa-

miento, y cuando le pareció haberlo combinado todo, rompió el silencio en estos términos :

— Hijos míos, escuchad : si tenéis el ánimo y la maña que se necesita, y queréis fiaros de vuestra madre, yo me prometo sacaros del atolladero, mejor, y quizá más presto que fray Cristóbal, á pesar del hombre que es.

Lucía quedó parada y miró á su madre de un modo que más expresaba admiracion que confianza; pero Lorenzo dijo inmediatamente :

— Una vez que sólo se necesita ánimo y destreza, diga usted pronto lo que hay que hacer.

— ¿No es cierto — prosiguió Ines — que si estuviéseis casados, ya habria mucho adelantado, y que á todo lo demas se le encontraria remedio ?

— No queda duda, — dijo Lorenzo ; — ¡ah ! ¡cómo estuviésemos casados ! En fin, todo el mundo es país, y á dos pasos de aquí, en el territorio de Bérgamo, reciben con los brazos abiertos á cualquiera que trabaje en seda. ¿Sabéis cuántas veces Bartolo, mi primo Bartolo, me ha escrito me fuera allá con la certeza de que haria fortuna, como la ha hecho él ? Nunca hice caso, porque tenia aquí el corazon. Una vez casados, nos iríamos todos juntos : pondríamos casa allí, y viviríamos en santa paz, léjos de las garras de ese bribon, y léjos de la tentacion de hacer un desatino. ¿No es verdad, Lucía ?

— Sí, — dijo Lucía ; — pero ¿cómo ?...

— ¿Cómo ? Yo diré — replicó Ines. — ¡Ánimo y maña ! y la cosa es fácil.

— ¿Fácil ? — dijeron Lucía y Lorenzo á la vez.

— Fácil, como se sepa hacer — prosiguió Ines. — Escuchad, y lo comprenderéis vosotros mismos. He oido decir á personas que lo saben, y yo misma he visto un caso, que para hacer un casamiento es precisamente necesario el cura ; pero no es necesario que quiera, pues basta que se halle presente.

— ¿Cómo es eso ? — preguntó Lorenzo.

— Escucha y lo oirás — prosiguió Ines. — Conviene tener

prontos dos testigos muy ladinos y bien impuestos. Se busca al cura ; la dificultad consiste en cogerle descuidado, y que no pueda escaparse. El novio dice : « Señor cura, esta es mi mujer ; » y la novia dice : « Señor cura, este es mi marido » Es preciso que el cura y los testigos lo oigan bien, y el casamiento queda hecho, y tan válido como si lo hubiera hecho el Papa en persona. Dichas estas palabras, por más que el cura chille, que alborote, que se dé al diablo, no hay remedio, sois marido y mujer.

— ¿Será posible ? — exclamó Lucía.

— ¿Cómo ? — dijo Ines, — ¿conque en treinta años que estoy en el mundo ántes que vosotros, no habré aprendido nada ? La cosa es como os la digo ; por más señas, que una amiga mia que queria casarse con uno contra la voluntad de sus padres, consiguió de esta manera su intento. El cura, que tenia sospechas, estaba sobre aviso ; pero los dos diablillos hicieron la cosa con tanta maña, que le cogieron descuidado ; dijeron las palabras, y quedaron casados, aunque la pobrecilla se arrepintió luégo á los tres dias.

La cosa, en efecto, sucedia como la pintaba Ines. Los casamientos contraidos de este modo eran entónces, y fueron hasta nuestros dias, considerados como válidos ; pero como no acudian á semejante expediente sino las personas que encontraban obstáculo por la via ordinaria, los curas procuraban evitar semejante cooperacion forzada, y cuando alguno de ellos se veia sorprendido por una de tales parejas con sus testigos, buscaba todos los medios para zafarse como Proteo de las manos de los que querian obligarle á vaticinar por fuerza.

— ¡Si fuera eso verdad, Lucía ! — dijo Lorenzo mirándola como quien espera una respuesta satisfactoria.

— ¿Cómo si fuera verdad ? — replicó Ines : — ¿tú tambien crees que yo cuento patrañas ? Yo me afano por vosotros, y vosotros no me dáis crédito ; pues bien, componeos como podáis, que yo por mi parte me lavo las manos.

— ¡ Ah, no ! no nos abandone usted, — exclamó Lorenzo —

¡ Digo esto porque el recurso me parece tan demasiado bueno ! Me pongo, pues, en sus manos como si fuera mi verdadera madre.

Disiparon estas palabras el enfado momentáneo de Inés, la cual olvidó un propósito que seguramente no fué sino de boca.

— Pero, madre, — preguntó Lucía con su modesta sumisión : ¿ por qué no le habrá ocurrido eso al padre Cristóbal ?

— Sí, le habrá ocurrido, — respondió Ines : — vaya si le habrá ocurrido ; pero no habrá querido decirlo.

— Pero ¿ por qué ? — preguntaron á la vez los dos jóvenes.

— ¿ Por qué ?... ¿ por qué ? — dijo Ines : — ya que queréis saberlo, porque los religiosos dicen que no es bien hecho.

— ¿ Cómo puede ser que la cosa no esté bien, ni esté bien hecha, cuando está hecha ? — dijo Lorenzo.

— ¿ Qué quieres que yo te diga, — respondió Ines. — La ley la han hecho otros á su antojo, y nosotros los pobres nada entendemos de eso. Y luego cuántas veces... Mira, es lo mismo que soplarle á un pobre diablo un puñetazo : ello no es bien hecho, pero dado ya, ni el Pontífice se lo puede quitar de encima.

— Si es cosa mala, — dijo Lucía, — no debe hacerse.

— ¿ Qué ? — dijo Ines : ¿ acaso te querré yo dar un consejo contra la ley de Dios ? Si fuera contra la voluntad de tus padres, para casarte con un mala cabeza, ya lo entiendo ; pero estando yo contenta, y para casarte con este muchacho y oponerse á la violencia de un bribon... quizá el mismo señor cura...

— Vaya, — interrumpió Lorenzo, — la cosa es más clara, vaya, que la luz del sol.

— No conviene — continuó Ines — hablar de eso al padre Cristóbal ántes de hacer la cosa ; pero hecha y logrado el intento, ¿ qué piensas tú que dirá el Padre ? Te dirá : « Hija mía, el desliz ha sido gordo, pero ya está hecho. » Los religiosos deben hablar así ; pero no dudes de que en su interior se alegrará mucho.

Lucía, sin encontrar qué responder á semejante razonamiento, no parecia muy satisfecha ; pero Lorenzo, enteramente alentado, dijo :

— Siendo así, la cosa está concluida.

— Poco á poco, — dijo Ines : — ¿ y los testigos ? ¿ Y el modo de coger descuidado al señor Cura, que hace dos dias que no sale de casa ? ¿ Y detenerle ? que aunque es algo pesado, al veros, y al conocer vuestra intencion, se pondrá más ligero que un gato, y escapará como el demonio del agua bendita.



Le halló haciendo una polenta.

— Ya he encontrado yo el medio ; ya lo he encontrado, — dijo Lorenzo, pegando una puñada tan fuerte en la mesa, que hizo saltar los platos dispuestos para la comida.

Y expuso en seguida su pensamiento, que aprobó Ines en todas sus partes.

— Estos son embrollos, — dijo Lucía, — no son cosas bien hechas. Hasta ahora hemos obrado bien ; sigamos adelante

con fe, que Dios nos ayudará. Lo ha dicho fray Cristóbal: oigamos ántes su parecer.

— Déjate gobernar por quien sabe más que tú, — contestó Ines con gravedad. — ¿Qué necesidad hay de pedir parece á nadie? Dios dice: ayúdate, que yo te ayudaré. Al Padre se lo contaremos todo despues.

— Lucía, — dijo Lorenzo, — ¿qué timidez es esa? ¿No hemos procedido hasta aquí como buenos cristianos? ¿No debía estar ya celebrado el matrimonio? ¿No nos habia señalado el señor Cura el día y la hora? ¿Quién tiene, pues, la culpa, si nos ayudamos con un poco de maña? No, no creo que me faltes. Vóime, y vuelvo con la respuesta.

Y saludando á Lucía con tono de súplica, y á Ines con semblante de satisfaccion, se marchó apresuradamente.

Suele decirse que los apuros aguzan el ingenio, y Lorenzo, que en el curso regular de su vida no se habia hallado hasta entónces en necesidad de afilar el suyo, discurrió en esta ocasion una treta capaz de honrar á cualquier jurisconsulto de aquella época. Con efecto, marchó en derechura á buscar á cierto amigo suyo llamado Antoñuelo, y le halló haciendo una *polenta*; su madre, su hermana y su mujer estaban sentadas á la mesa, y tres ó cuatro niños en pié tenian los ojos clavados en el perol, esperando con ansia que lo quitasen del fuego. Miétras Lorenzo trocaba los saludos con la familia, volcó Antoñuelo sobre la mesa de pino la *polenta*, cuya mole no estaba en razon del número de los individuos de que se componia la familia, ni de su apetito, sino en la de los tiempos. Sin embargo, las mujeres convidaron á Lorenzo con el cumplimiento de « ¿usted gusta? » que usan siempre los aldeanos de la Lombardía, cuando se presenta alguno en hora en que están comiendo.

— ¡Gracias! — contestó Lorenzo; — sólo venía á hablar dos palabras con mi amigo; y si quieres, Antoñuelo, para no molestar á tu gente, iremos á comer juntos á la hostería, y allí hablaremos.

Gustoso aceptó Antoñuelo el convite, y tampoco le puso

mala cara la familia, viendo disminuirse el número de los concurrentes á la comida. El convidado, sin preguntar más, se salió con Lorenzo á la calle.

Llegados á la hostería, y sentados con toda comodidad solos á una mesa, pues la miseria habia ahuyentado de aquel sitio á todos los glotones, mandaron traer lo poco que habia que comer; y apurado un jarro, Lorenzo en ademan misterioso dijo á su amigo:

— Si tú quieres hoy hacerme un favor, yo te haré otro bien grande.

— Dispon de mí como quieras; en el fuego me meteré por ti.

— Tú debes veinticinco libras al señor Cura por el arrendamiento del campo que labraste el año pasado.

— ¡Ah, Lorenzo! tú me acibaras el beneficio que me haces. ¿Qué diablos me traes á la memoria? ¿Quieres que pierda las ganas de comer?

— Si te hablo de tu deuda es para proporcionarte el medio de pagarla.

— ¿De veras?

— De veras, ¿y te gustaria?

— ¡Si me gustaria! Vaya, aunque no fuera más que para no ver la mala cara que me pone el señor Cura siempre que nos encontramos. Y luego aquello de: « Antoñuelo, no te olvides; ¿cuándo nos hemos de ver para aquel asunto? » Á la verdad que cuando en el púlpito me mira, se me figura que me va á pedir en público las veinticinco libras: ademas que entónces me volveria el collar de mi mujer, que en el día sería preciso convertirle en polenta. Pero...

— Déjate de peros. Si quieres hacerme un favor, están prontas las veinticinco libras.

— Habla.

— ¡Pero!... — dijo Lorenzo poniéndose el dedo índice en los labios.

— Á mí no tienes que encargarme el silencio, ya me conoces.

— El señor Cura — continuó Lorenzo — va sacando cier-

tas razones sin sustancia para dar largas en mi casamiento, y yo quisiera salir del paso. Parece que poniéndose delante de él los dos novios con dos testigos, y diciendo yo, por ejemplo, *esta es mi mujer*, y Lucia, *este es mi marido*, el casamiento queda hecho sin remedio; ¿me entiendes?

— ¿Tú querrás que yo sirva de testigo? ¿No es así?

— Cierto.

— ¿Y pagarás las veinticinco libras?

— Seguro.

— Dáme esa mano.

— Pero es necesario buscar otro testigo.

— Ya le tenemos: el simple de mi hermano Gervasio hará lo que le diga; tú le darás para beber.

— Y también para comer. Le traeremos aquí con nosotros: pero, ¿sabrás representar el papel?

— Yo le enseñaré.

— Mañana, pues.

— Sí, mañana.

— Á la caída de la tarde.

— Muy bien.

— ¡Pero!... — dijo Lorenzo poniéndose otra vez el dedo en los labios.

— ¿Es posible? — respondió Antoñuelo, doblando la cabeza sobre el hombro derecho con una cara que parecía decir: Tú me agravias.

— ¿Y si tu mujer pregunta, como sin duda preguntará?...

— Son tantas las mentiras que le debo á mi mujer, que por muchas que le diga, me parece que nunca saldaremos la cuenta. Ya inventaré alguna novela con que acallar su curiosidad.

— Mañana por la mañana — dijo Lorenzo — nos pondremos de acuerdo en casa para que la cosa salga bien.

Con esto salieron de la hostería: Antoñuelo se fué á su casa estudiando en el camino el enredo con que habia de satisfacer la curiosidad de su familia, y Lorenzo á dar cuenta de los pasos que habia dado.

En este intermedio, Ines se habia cansado en vano tratando de convencer á su hija, que siempre respondia ya con la una, ya con la otra parte de su dilema: « ¿Ó la cosa es mala y no se debe hacer, ó no lo es? ¿Y por qué entonces no lo decimos al padre Cristóbal? »

Llegó en esto Lorenzo triunfante, hizo su relacion, y concluyó diciendo: « ¿Y bien? » expresion que equivale á decir: ¿No soy yo todo un hombre? ¿No sé yo hacer las cosas como se debe?



Duraba todavía la disputa...

Lucía meneaba la cabeza; pero Ines y Lorenzo, enfervorizados, poco caso hacian de ella, mirándola como á un niño, á quien, no pudiendo hacer entender la razon, se espera que luégo con súplicas ó por autoridad se le obligará á prestarse á lo que se quiere.

— Todo va bien, — dijo Ines, — pero ¿no te ha ocurrido una cosa?

— ¿Qué falta? — preguntó Lorenzo.

— ¿Y Perpétua? Á Antoñuelo y Gervasio los dejará en-

trar ; pero á ti no lo creo, y ménos á los dos. ¿Te parece que no tendrá orden de no dejaros entrar?

— ¿Cómo lo haremos? — dijo Lorenzo poniéndose pensativo.

— ¡ Ahí verás tú ! Á mí ya me ha ocurrido. Iré yo tambien en vuestra compañía, y tengo un secreto para entretenerla y embaucarla, de modo que no ponga atencion en vosotros, y así podréis entrar. La llamaré, y le tocaré cierta tecla... En fin, ya lo veréis.

— ¡ Bendita sea usted ? — exclamó Lorenzo : — siempre he dicho que usted es nuestro ángel tutelar.

— Pero todo esto de nada sirve, si no se convence á esta tonta, que se empeña en sostener que es pecado.

Ensayó tambien Lorenzo su elocuencia ; pero Lucía no se daba á partido.

— Yo no sé — decia — qué responder á vuestras razones, pero veo que para hacer cosa tan santa, es necesario empezar con engaños, con mentiras y ficciones. Yo quiero ser tu mujer (esto lo decia poniéndose colorada), pero ha de ser por el camino derecho, en la iglesia, como lo manda la ley de Dios ; y sobre todo, ¿ por qué andar con misterios con fray Cristóbal?

Duraba todavía la disputa cuando ciertas pisadas presurosas de sandalias, y ruido de hábitos semejante al que hacen las velas de un buque con las ráfagas del viento, anunciaron que llegaba fray Cristóbal. Callaron todos ; y la madre de Lucía sólo tuvo tiempo para decir al oído á Lucía ;

— ¡ Cuidado con que le digas nada !

## CAPÍTULO VII

Venía el buen religioso con el continente de un capitán veterano que, perdida sin culpa suya una batalla importante,

caude afligido, mas no desalentado ; pensativo, mas no aturdido ; en retirada, mas no huyendo, adonde le llama la necesidad para defender los puntos amenazados, reunir las tropas, y dar nuevas órdenes.

— ¡ La paz sea con vosotros ! — dijo al entrar : — nada hay que esperar de aquel hombre endurecido ; por lo mismo, es necesario poner más confianza en Dios ; y yo tengo ya alguna prueba de su proteccion.

Aunque ninguno de los tres fundaba grandes esperanzas en la tentativa del padre Cristóbal, porque el ver en aquella época á un poderoso desistir de una accion violenta, por mera condescendencia á súplicas desarmadas, y sin ser obligado por la fuerza, era cosa rara, si no inaudita ; sin embargo, la triste certeza fué un golpe terrible para todos. Las mujeres bajaron la cabeza ; pero la ira en el ánimo de Lorenzo sobrepujó al abatimiento. Semejante noticia le hallaba ya afligido y exasperado por una serie de sorpresas tristes, de tentativas inútiles, y de esperanzas frustradas ; y sobre todo, agitado en aquel momento por la obstinacion de Lucía.

— Quisiera saber, — dijo, rechinando los dientes y levantando la voz, como nunca lo habia hecho en presencia del padre Cristóbal, — quisiera saber qué razones ha alegado aquel perro para pretender que Lucía no se case conmigo.

¡ Pobre Lorenzo ! — respondió el Capuchino con tono de lástima, y una mirada que encargaba con dulzura la moderacion. — Si el poderoso que quiere cometer una injusticia tuviese que decir siempre los motivos, las cosas no irian como van.

— ¿ Conque el bribon ha dicho que no quiere, sin decir por qué no quiere ?

— Ni eso ha dicho. ¡ Pobre Lorenzo ! Fuera tambien una ventaja el que para cometer una iniquidad hubiese que confesarla paladinamente.

— Pero alguna cosa ha debido decir, ¿ y qué ha dicho aquel tizon del infierno ?

— Yo he oido sus palabras, y no es fácil repetirlas. Las palabras del impío que es fuerte, penetran y se disipan.